

EDUARDO KEUDELL

Afirmación de vecindad

Pongo por título el de un poema formidable del escritor galardonado, porque el lunes un colega ya titulaba su columna con el nombre de este escritor: Antonio Pereira. Hace un par de años titulaba yo una media página «Pereira, Antonio». Y hace otro tanto también: «La enormidad de Pereira». En síntesis, a Antonio Pereira le han otorgado el Premio Castilla y León de las Letras y quizás él ya no haga la broma de decir de sí mismo que es un escritor «oculto» en vez de un escritor de «culto». Si hubiera nacido en Hispanoamérica, Antonio Pereira sería popular como Monterroso y Rulfo, maestros los tres del dominio del tiempo y el espacio. Ahora llegan los reconocimientos como unos «fuegos tardíos», con esa lentitud de los bueyes tan propia de la cultura española que llevó a Cela a afirmar- «En España, el que aguanta gana».

•

Pereira provoca unanimidad, y por eso también cierta negligencia en los comentaristas de acá como una falta de aplicación o cierta dejadez, tal vez debida a la vecindad, quizá porque es ésta «... una tierra fría, pero hermosa / Aquí la nieve, la esperanza helada / de que se alumbre en cada madrugada / el destino difícil de la rosa («Afirmación de vecindad» A. Pereira)

En Madrid, sin embargo, en un suplemento de El País, por ejemplo, le dan al escritor villafranquino una grandeza secular, justo cuando su destino literario parecía ligado al destino de la rosa del poema, que alumbra cada madrugada, ante la esperanza helada de las gentes de Poniente.

En España somos apenas el 10% de los castellanoparlantes contenidos en el ámbito de esta lengua. Por motivos de peripecias vitales, contextos, tiempo y espacio, tengo un criterio más amplio, así que me atreví, dicho de manera esquemática, a describir a Pereira en el umbral del espíritu de los tiempos aliado de Borges y Onetti. Cada vez estoy más seguro de no haberme equivocado, y si ahora refresco la elucidación, es porque entonces desbordó la riqueza emocional de la vecindad. En efecto, como ha escrito García Trapiello en el Diario de León, «...Pereira

es gente grande que arranca y crece desde la bondad».



Precisamente, por esa bondad proverbial, por su ternura y cercanía personales, creo que la «vecindad» del escritor lastró en cierto modo la difusión de su literatura. Esa energía es tal, que lo envuelve todo y, así, el lector quiere saber quién es ese que escribe como en un prodigioso encuentro afectivo. García Trapiello añade: «...narrativa deliciosa que secuestra la mirada del lector para llegar a la última línea lamentando que concluya ese discurrir tan fluido...». He aquí al lector atrapado en el magma de la ternura, como diría Rof Carballo, pero he aquí también un principio de realidad que uno dedujo así: «...viene a ser un pedazo perfecto de la perfección, y lleva al lector a levantar la vista tras el punto final o, lo que ya es grave, a pasar una página de la vida tras semejante revelación».

El día quince de marzo la Universidad de León insiste a Pereira como doctor Honoris Causa. Yo no podré estar en persona porque estaré en Buenos Aires. Pero en una charla que me toca allá al sur del Sur, es seguro que hablaré del destino difícil de la rosa, que es esa «forma severa de la soledad» que ha dicho Pereira que es el acto de escribir. Estaré, sí, el veintitrés de abril, cuando le entreguen el Premio Castilla y León de las Letras, premio que se engrandece con la enormidad de Pereira, que charló otrora con Borges allá en Buenos Aires, y que habrán acordado, digo yo, que hay lugares tan eternos como el agua y el aire.